Jámblico: el arquitecto del neoplatonismo teúrgico

Lyon Leshley + AI

Spanish

Jámblico: el arquitecto del neoplatonismo teúrgico

by Lyon Leshley + AI

Muy bien, hablemos de alguien que no recibe suficiente atención en los cursos de filosofía, pero que se la merece absolutamente. Jámblico de Calcis. Y quiero empezar situándote realmente en su mundo, porque comprender el contexto es crucial para entender por qué su filosofía tomó la forma que tomó.

Nació alrededor del año 242 EC en Calcis, que se encuentra en lo que ahora llamamos Siria, parte de las provincias orientales del Imperio Romano. Esto no es un remanso. Esta es una de las regiones culturalmente más sofisticadas del mundo antiguo. La filosofía griega, las tradiciones religiosas sirias, los cultos mistéricos egipcios, las influencias persas: todo esto se arremolina en la atmósfera intelectual.

Y Jámblico proviene del dinero. No sólo cómodo: aristocrático. Su familia tiene conexiones, recursos y, lo más importante para nuestros propósitos, pueden darse el lujo de brindarle la mejor educación disponible. No es un extraño que intenta entrar en los círculos filosóficos. Nació en la élite, con acceso a los textos, los profesores y el tiempo libre necesario para un trabajo filosófico serio.

Ahora, esto es lo que quiero que comprendan realmente sobre el siglo III d.C., porque es salvaje. Políticamente, el Imperio Romano está en crisis. Entre 235 y 284, hay algo así como 26 aspirantes al trono imperial. El reinado promedio es quizás de dos años. Tienes golpes militares, guerras civiles, invasiones de tribus germánicas en el norte y persas en el este. La economía se está hundiendo: inflación masiva, devaluación de la moneda. La plaga arrasa varias veces. Las ciudades se están reduciendo, las redes comerciales están perturbadas.

Desde cualquier punto de vista objetivo, ésta debería ser una época oscura para la filosofía. Uno esperaría que la vida intelectual simplemente se cerrara, ¿verdad? La gente está preocupada por la supervivencia, no por la metafísica.

Pero esto es lo notable: este es en realidad uno de los períodos más creativos intelectual y espiritualmente de la historia antigua. Quizás

precisamente porque las viejas certezas se están derrumbando, la gente se hace preguntas fundamentales. ¿Cuál es la naturaleza de la realidad? ¿Qué da sentido a la vida? ¿Cómo encontramos estabilidad en un mundo de caos? ¿Cuál es nuestra relación con lo divino?

Y diferentes movimientos ofrecen diferentes respuestas. El cristianismo está creciendo rápidamente; sigue siendo ilegal, todavía es perseguido periódicamente, pero se está extendiendo por todos los niveles de la sociedad. El paganismo tradicional intenta defenderse, pero está cada vez más a la defensiva. Varias religiones de misterios (el culto a Isis, el mitraísmo, los misterios de Eleusis) ofrecen caminos hacia la salvación a través de la iniciación ritual.

En este mundo increíblemente complejo, espiritualmente hambriento e intelectualmente ferviente aparece Jámblico. Y va a intentar hacer algo audaz: crear un sistema filosófico que pueda competir con el cristianismo, que pueda dar respetabilidad intelectual a la religión tradicional griega, que pueda ofrecer un camino completo hacia la salvación basado tanto en la razón como en el ritual.

Ahora, antes de continuar, debemos entender de dónde viene filosóficamente Jámblico, porque nadie trabaja en el vacío. Mire este linaje intelectual.

Plotino es el fundador de lo que llamamos neoplatonismo, aunque él no lo habría llamado así. Está trabajando a mediados del siglo III, muere en 270 EC. Y Plotino crea esta brillante síntesis de la filosofía de Platón con la lógica aristotélica y la ética estoica, todas ellas orientadas hacia la unión mística con el Uno, la fuente absoluta de la realidad.

Plotino tiene alumnos, pero el más importante es Porfirio. Ahora bien, Porphyry es fascinante por derecho propio. Él es quien edita los escritos de Plotino en el texto que conocemos como las Enéadas, literalmente "Los Nueve", porque los organizó en seis grupos de nueve tratados. Sin Porfirio, es posible que no tuviéramos la obra de Plotino en absoluto.

Pero Porfirio también desarrolla la filosofía de Plotino en sus propias direcciones. Escribe sobre lógica, sobre ética, sobre vegetarianismo, sobre filosofía de la religión. Está intentando sistematizar el neoplatonismo, hacerlo más riguroso y defenderlo frente a las críticas cristianas.

¿Y el alumno de Porfirio? Ese es Jámblico. Así que llevamos tres generaciones inmersas en esta tradición. Jámblico no está inventando el neoplatonismo desde cero: está heredando un sofisticado sistema filosófico que ya se ha desarrollado durante décadas.

Pero aquí es donde se pone interesante. Esa frase en la diapositiva, “segundo fundador del neoplatonismo”, no es sólo un título honorífico. Lo que significa es que Jámblico transforma la tradición de manera tan fundamental que todo lo que sucede después de él parece diferente a todo lo anterior.

Piénselo de esta manera: Plotino es como el arquitecto que diseña una hermosa casa basándose en los planos de Platón. El pórfido es como el contratista que lo construye y se asegura de que todo esté estructuralmente sano. ¿Pero Jámblico? Él mira esta casa y dice: "Este es un buen comienzo, pero necesitamos agregar alas completamente nuevas. Necesitamos rediseñar los cimientos. Necesitamos cambiar para qué sirve realmente este edificio".

Y esto es importante porque después de Jámblico, todos los neoplatónicos importantes trabajan a su sombra. Proclo, que llega un siglo después y escribe la exposición más sistemática del neoplatonismo jamás realizada, sigue explícitamente el enfoque de Jámblico. Los últimos directores de la Academia Platónica de Atenas antes de su cierre en el año 529 EC (Damascio, Simplicio) son todos yamblicheanos.

Entonces, cuando estudiamos a Jámblico, no estamos estudiando simplemente las ideas de un filósofo. Estamos estudiando la forma que tomó el neoplatonismo durante sus dos últimos siglos como escuela filosófica viva.

Ahora, un poco más de contexto antes de sumergirnos en la filosofía misma. Jámblico estuvo activo hasta alrededor del 325 d.C. Déjame contarte lo que sucede en el año 325: el Concilio de Nicea. Este es el primer concilio ecuménico de la Iglesia cristiana, convocado por el emperador Constantino, donde se elabora el Credo de Nicea y se establece la ortodoxia cristiana.

Constantino se había convertido al cristianismo en el año 312 d.C. Cuando Jámblico muere, el cristianismo está en camino de convertirse en la religión oficial del Imperio Romano. El viejo mundo pagano está muriendo.

Y Jámblico lo sabe. Él está viendo cómo sucede. Y su respuesta es fascinante: no defiende simplemente la religión tradicional con el argumento de que "esto es lo que hicieron nuestros antepasados". En cambio, crea este sistema filosófico y teológico increíblemente sofisticado que intenta mostrar que la religión griega tradicional, correctamente entendida, es intelectualmente superior al cristianismo.

Él pierde esa batalla, obviamente. Pero el hecho de que lo combatió con filosofía y no sólo con tradición es significativo. Está tratando de abordar el cristianismo desde el punto de vista intelectual, para demostrar que se puede tener tanto rigor filosófico como devoción religiosa, tanto razón como ritual.

Muy bien, ahora sabemos quién era Jámblico, cuándo vivió y qué tradición intelectual heredó. Pero aquí está la verdadera pregunta: ¿qué hizo realmente con esa herencia? ¿Qué lo hace revolucionario?

Para entender esto, debemos observar lo que heredó de Plotino y luego observarlo criticarlo sistemáticamente y reconstruirlo para convertirlo en algo nuevo.

De Plotino a Jámblico

Plotino: el intelectual místico

Antes de que podamos apreciar qué hace que Jámblico sea revolucionario, debemos comprender realmente la filosofía de Plotino. Y me refiero a entenderlo realmente, no sólo a obtener un boceto superficial. Porque el

sistema de Plotino es hermoso, elegante y, en muchos sentidos, profundamente atractivo. Es necesario sentir su atracción antes de poder comprender por qué Jámblico se sintió obligado a destrozarlo y reconstruirlo.

Así que comencemos desde arriba, literalmente. Para Plotino todo comienza con el Uno. No "un" uno, no el número uno, sino el Uno: la fuente absoluta y trascendente de toda realidad. Y esto es lo alucinante del Uno: está más allá de todo. Más allá del ser, más allá del pensamiento, más allá del lenguaje, más allá de la comprensión.

Piensa en eso por un segundo. Si dices "el Uno existe", ya te has equivocado, porque la existencia es una limitación: las cosas que existen se definen por lo que son, lo que significa que no son otras cosas. Pero el Uno es ilimitado, infinito, absoluto. No se puede definir porque la definición es limitación.

Si dices "el Uno es bueno", te has equivocado de nuevo, porque ahora le estás atribuyendo una cualidad, y las cualidades son limitaciones. El Uno no es bueno como lo es una persona o una acción. Está más allá de la bondad: es la fuente de la bondad misma.

Entonces, ¿cómo podemos hablar de ello? Plotino dice que sólo podemos usar teología negativa, diciendo lo que no es. O podemos usar metáforas, sabiendo que son inadecuadas. El Uno es como el sol: irradia luz sin disminuir. Es como una fuente que rebosa: produce todo sin perder nada.

Ahora bien, del Uno proviene la primera emanación: el Intelecto, o Nous en griego. Éste es el pensamiento puro, el pensamiento mismo. Es el reino de las Formas Platónicas: la Belleza misma, la Justicia misma, los arquetipos perfectos de todo lo que hay en el mundo material. El Intelecto todavía está unificado, pero no es absolutamente simple como el Uno. Tiene multiplicidad: contiene todas las Formas como realidades distintas pero interconectadas.

Y aquí hay algo crucial: para Plotino, el Intelecto no proviene del Uno por elección o decisión. El Uno no piensa: "Voy a crear el Intelecto ahora". Eso convertiría al Uno en un ser pensante, lo que lo limitaría. Más bien, la

emanación es necesaria y eterna. Es como la luz que necesariamente irradia el sol. El Uno, por su propia naturaleza de infinitamente productivo, se desborda en el Intelecto.

Del Intelecto emana el Alma, el Alma del Mundo, que es el principio de la vida y el movimiento. El Alma está menos unificada que el Intelecto. Está dirigido tanto hacia arriba hacia el Intelecto (contemplando las Formas) como hacia abajo hacia la materia (dando vida y orden al mundo físico). Las almas individuales (tu alma, mi alma) son como rayos de esta Alma del Mundo.

Y finalmente, en la parte inferior de la cadena, tienes la materia, que en realidad no es creada por el Alma, sino más bien como el oscurecimiento final de la luz, el punto donde la emanación del Uno se vuelve tan débil que es casi nada. La materia es privación, ausencia, límite del ser.

Ahora bien, aquí está la situación humana según Plotino, y aquí es donde se vuelve realmente interesante. Somos almas que hemos descendido a los cuerpos. Pero (y esto es absolutamente crucial para comprender a Plotino) nuestro descenso no es completo. La parte superior de nuestra alma, la parte que contempla las Formas, en realidad nunca desciende. Permanece allá arriba en el reino inteligible, eternamente contemplando, eternamente unificado con el Intelecto.

Así que ahora mismo, incluso mientras estás sentado aquí escuchando esta conferencia, hay una parte de ti que está allá arriba, contemplando las verdades eternas. Simplemente lo has olvidado. Estás tan identificado con tu cuerpo, tus emociones, tus experiencias sensoriales, que has perdido el contacto con tu verdadero yo.

¿Cuál es la solución? Filosofía. Contemplación. Volviendo hacia adentro. Necesitas desapegarte de las preocupaciones corporales, purificar tu pensamiento, estudiar matemáticas y dialéctica, contemplar las Formas. Gradualmente, a través de la disciplina intelectual, asciendes de nuevo en la cadena del ser. Primero se alcanza la virtud ética, que trae orden al alma. Luego se practica la contemplación intelectual, que unifica el alma con el

Intelecto. Y en raros momentos místicos (Plotino afirma haber experimentado esto cuatro veces en su vida) incluso puedes lograr la unión con el Uno mismo.

Es un camino intelectual. No necesitas templos, no necesitas sacerdotes, no necesitas rituales. Solo tú, tu mente y el cosmos. La filosofía es la única escalera que necesitas para subir de regreso a lo divino.

Y tengo que decir que hay algo profundamente atractivo en esto. Es empoderador: no dependes de autoridades externas. Es racional: respeta la inteligencia humana y nuestra capacidad de comprender la realidad. Es optimista: dice que en realidad nunca caímos, simplemente olvidamos quiénes somos.

Hermoso sistema, ¿verdad? Elegante. Intelectualmente satisfactorio. Filosóficamente riguroso.

Jámblico pensó que estaba peligrosamente equivocado.

Jámblico: el teólogo sistemático

Ahora bien, cuando digo que Jámblico pensaba que Plotino estaba equivocado, no me refiero a que rechazara por completo el neoplatonismo. Todavía trabaja dentro del marco neoplatónico: la emanación del Uno, la cadena del ser, el regreso del alma a su fuente. Pero cree que Plotino cometió algunos errores fundamentales, y esos errores tienen graves consecuencias.

Empecemos por la más importante: la idea de que una parte de nuestra alma permanece intacta, contemplando eternamente lo divino. Jámblico dice que no. En absoluto. Cuando el alma desciende a un cuerpo, realmente desciende. Todo ello. No hay parte superior que quede al margen de la materia.

¿Por qué esto importa? Porque si Plotino tiene razón, entonces nuestra situación no es tan mala. No estamos verdaderamente caídos; simplemente hemos olvidado temporalmente nuestra naturaleza divina. Podemos despertarnos a través de la filosofía.

Pero si Jámblico tiene razón, entonces estamos en serios problemas. Estamos genuinamente enredados en la materia, genuinamente confundidos, genuinamente separados de lo divino. Esto no es sólo un error cognitivo que podemos corregir pensando más. Esta es una verdadera crisis metafísica.

Y aquí es donde Jámblico hace su segunda crítica importante: ¿Puede realmente salvarnos la pura contemplación intelectual? Si realmente estamos tan desordenados como en realidad estamos, si nuestras almas están genuinamente inmersas en la materia, nubladas por pasiones corporales y olvidadas de su origen, ¿podemos realmente salir adelante mediante nuestros propios esfuerzos intelectuales?

Jámblico dice que no. Piénselo de manera práctica. Si te estás ahogando, ¿podrás salvarte con sólo pensar en nadar? Si estás enfermo, ¿puedes curarte con sólo contemplar la salud? En algún momento, necesitas ayuda externa. Necesitas que alguien te lance una cuerda. Necesitas medicina.

Lo mismo ocurre con la salvación del alma. Necesitamos ayuda desde arriba. Necesitamos que los dioses se acerquen a nosotros, porque no podemos alcanzarlos por nuestra cuenta. La filosofía es necesaria (es necesario comprender lo que se hace y por qué) pero no es suficiente. También necesitas la gracia divina, la intervención divina, el poder divino operando en tu vida.

Este es un cambio masivo. Para Plotino, el filósofo es esencialmente autosuficiente en su camino espiritual. Para Jámblico, necesitamos absolutamente la ayuda de los dioses. Y esto significa que necesitamos formas de contactar a los dioses, de invocarlos, de crear condiciones en las que puedan actuar en nuestras vidas. Necesitamos rituales. Necesitamos teurgia.

Pero antes de pasar a la teurgia, hay una tercera crítica importante que Jámblico hace a Plotino: el cosmos es mucho más complejo de lo que Plotino describió.

Plotino te ofrece tres niveles principales: el Uno, el Intelecto y el Alma. Limpio. Simple. Elegante.

Jámblico mira esto y piensa: ¿Cómo es posible que eso sea correcto? Mire todas las tradiciones religiosas que nos rodean. Los griegos adoran a docenas de dioses: Zeus, Apolo, Atenea, Dioniso, etc. Los egipcios tienen su panteón. Los caldeos tienen su teología. ¿Todos estos dioses son simplemente inventados? ¿Son sólo nombres poéticos para abstracciones filosóficas?

Jámblico dice que no. Estos dioses son reales. Son verdaderos seres divinos que operan en diferentes niveles de la jerarquía cósmica. Y si son reales, entonces el cosmos debe ser lo suficientemente complejo como para acomodarlos a todos.

Así, Jámblico se embarca en este enorme proyecto de sistematización. Él va a trazar un mapa de todo el reino divino con meticuloso detalle. Él va a mostrar exactamente cuántos niveles hay, qué tipos de seres existen en cada nivel, cómo se relacionan entre sí, cómo median entre el Uno y el mundo material.

Mientras Plotino te da tres niveles, Jámblico te da docenas. Multiplica entidades, crea jerarquías elaboradas, desarrolla clasificaciones intrincadas. Es casi barroco en su complejidad.

Y esto no es sólo un alarde intelectual. Jámblico cree que esta complejidad es necesaria. La brecha entre el Uno (absoluto, infinito, trascendente) y la materia (limitada, finita, apenas real) es tan vasta que se necesitan todos estos niveles intermedios para salvarla. Cada nivel media entre el que está encima y el que está debajo. Cada nivel hace que todo el sistema funcione.

Además, si vas a practicar teurgia (si vas a invocar a los dioses), necesitas saber qué dioses invocar y con qué fines. Necesitas comprender la jerarquía cósmica para poder trabajar con ella correctamente. Necesitas un mapa detallado del reino divino.

Entonces Jámblico crea uno. Y es este mapa, esta elaborada arquitectura cósmica, lo que se convierte en la base de todo el neoplatonismo posterior.

Déjame darte un ejemplo concreto de cómo funciona esto. Digamos que eres un alma que intenta ascender de regreso al Uno. En el sistema de Plotino, básicamente contemplas tu camino hacia arriba: estudias filosofía, purificas tu pensamiento, logras la unión con el Intelecto, tal vez tocas al Uno.

En el sistema de Jámblico, no se puede simplemente saltar de aquí para allá. Tienes que ir nivel por nivel, y en cada nivel necesitas ayuda de los seres que habitan naturalmente ese nivel. Así que puedes invocar a ciertos héroes para que te ayuden a purificar tu alma inferior. Luego invocas ciertos demonios para que te ayuden a elevar tu alma intelectual. Luego ciertos ángeles te ayudarán a acercarte al reino divino. Luego ciertos dioses para facilitar realmente la unión con los principios superiores.

Ya no es un viaje en solitario. Es un esfuerzo comunitario que involucra a toda la jerarquía cósmica. No estás solo: estás rodeado de ayudantes divinos en todos los niveles, si sabes cómo contactarlos.

Y eso nos lleva al corazón de la innovación de Jámblico: ¿cómo se contacta exactamente con estos seres divinos? ¿Cómo obtienes su ayuda? La respuesta es la teurgia, y debemos comprenderla en profundidad, porque es la parte más distintiva y controvertida de la filosofía de Jámblico.

El Cosmos Jerárquico

La arquitectura divina

Muy bien, ahora vamos a construir el cosmos de Jámblico desde cero. Y quiero que realmente presten atención aquí, porque esto es complejo y cada pieza importa. Esto no es sólo metafísica abstracta: es la arquitectura de la realidad misma, según Jámblico.

En la misma cumbre tenemos al Uno. En eso no hay desacuerdo con Plotino. El Uno es absolutamente trascendente, más allá del ser, más allá del

pensamiento, la fuente de todo. No se puede decir nada positivo al respecto. Es el principio absoluto que fundamenta todo lo demás.

Pero inmediatamente –y aquí es donde Jámblico comienza a divergir– debemos preguntarnos: ¿Cómo surge algo del Uno? Plotino dice que simplemente emana necesariamente, como la luz del sol. Pero Jámblico cree que necesitamos principios intermedios para explicar esto.

Entonces introduce conceptos pitagóricos: límite y lo ilimitado. Estas no son sólo ideas abstractas: son principios metafísicos reales. Lo Ilimitado es potencialidad pura, posibilidad infinita, poder sin forma. El límite es lo que da definición, estructura, forma, determinación. Y toda la realidad es la interacción entre estos dos principios.

Piénselo así: Lo Ilimitado es como arcilla infinita: informe, informe, puro potencial. El límite es como las manos del escultor: dan forma, crean definición, producen cosas reales. Necesitas ambos. Pure Unlimited sería simplemente caos, posibilidad informe. Pure Limit sería una forma vacía sin nada que darle forma. La realidad es lo que sucede cuando el Límite actúa sobre lo Ilimitado.

Ahora bien, estos principios de alguna manera median entre el Uno y el siguiente nivel, que es el reino del Intelecto. Pero aquí es donde se complica. Plotino tiene un Intelecto que contiene todas las Formas. Jámblico dice que no: el reino del intelecto en sí tiene múltiples niveles.

Primero, está el reino puramente inteligible: se trata de las Formas en su estado más trascendente, el más cercano al Uno. Éstas son las Formas tal como existen en sí mismas, en su más pura unidad.

Luego está el reino intelectual: estas son las Formas tal como son pensadas activamente por el Intelecto divino. Aquí tienen más diferenciación, más multiplicidad.

Luego está el reino inteligible e intelectual, una especie de zona intermedia donde las Formas existen tanto en su unidad pura como en su multiplicidad diferenciada.

¿Por qué todas estas distinciones? Porque Jámblico intenta explicar cómo se pasa de la unidad absoluta (el Uno) a la multiplicidad que vemos en el mundo. No puedes simplemente saltar de uno a muchos. Necesita etapas graduales de diferenciación creciente.

Y en cada uno de estos niveles de Intelecto hay dioses. Ni dioses metafóricos, ni personificaciones poéticas, sino seres divinos reales. Zeus opera en un nivel, Apolo en otro, Atenea en otro. Cada dios tiene su propia esfera de influencia, sus propios poderes, su propio lugar en la jerarquía.

Debajo del reino del Intelecto, tenemos el reino del Alma. Pero, de nuevo, no solo un Alma Mundial. Jámblico distingue entre:

Almas divinas: las almas de los propios dioses Almas demoníacas: seres intermedios entre dioses y humanos Almas heroicas: almas humanas elevadas que han alcanzado un estatus semidivino Almas humanas: somos nosotros Almas animales: sí, los animales también tienen alma, solo que menos desarrollada Cada tipo de alma tiene su propia naturaleza, sus propias capacidades, su propio papel en el orden cósmico.

Y a través de todo esto –esto es importante– están lo que Jámblico llama “cadenas” o “series”. Cada dios mayor tiene una cadena de seres que procede de ellos, hasta el nivel material. Entonces hay una cadena dionisíaca, una cadena apolínea, una cadena hermética, etc. Cada cadena participa del carácter de su deidad regente.

Esto es importante en la práctica porque cuando haces teurgia, necesitas saber con qué cadena estás trabajando. Si invocas poderes dionisíacos, utilizas símbolos dionisíacos, himnos dionisíacos, ritos dionisíacos. Estás trabajando dentro de esa cadena específica del ser.

Del Uno a la Materia

Ahora, mira este diagrama que muestra el descenso completo del Uno a la materia. Lo que quiero que comprendan es que esto no es sólo una estructura estática: es un sistema dinámico.

Todo procede del Uno. Ése es el movimiento descendente: procesión o proodos en griego. El Uno se desborda en el Límite y en lo Ilimitado. Interactúan para producir el reino del Intelecto. El Intelecto se desborda en el reino del Alma. El Alma da vida y orden a la materia.

Pero también hay un movimiento ascendente: retorno o epistrofe. Todo tiene un deseo natural de volver a su origen. La Materia busca participar del Alma. El Alma busca contemplar el Intelecto. El intelecto busca la unión con el Uno.

Todo el cosmos está comprometido en este doble ritmo: ida y vuelta, procesión y regreso, sístole y diástole, como un latido cósmico.

Y aquí es donde se vuelve personal: somos almas que hemos descendido hasta la materia. Estamos al final de esta cadena, incrustados en cuerpos, enredados en la existencia física.

Recuerde que en el sistema de Plotino una parte de nosotros nunca descendió realmente. Pero Jámblico dice que no: realmente nos caímos. Hasta el final. Toda nuestra alma está aquí abajo, confundida, olvidadiza, luchando.

Nuestra tarea es volver a ascender. Pero no podemos simplemente saltar de la materia al Uno. Es como intentar saltar desde la planta baja al tejado de un rascacielos. Tienes que subir las escaleras. Tienes que ir nivel por nivel.

Y en cada nivel, necesitas ayuda. Esto es crucial. No puedes ascender por tu propio poder. Necesitas que los seres de cada nivel te ayuden a elevarte.

Así que rastreemos el ascenso de un alma. Comienzas aquí abajo en la materia, identificado con tu cuerpo, atrapado en placeres y dolores sensoriales, impulsado por pasiones y apetitos.

Primer paso: purificación ética. Necesitas tomar el control de tu alma inferior, de tus pasiones. Practicas la virtud: coraje, templanza, justicia. Esto comienza a liberarte de la esclavitud de los deseos corporales. Y puedes invocar a ciertos héroes o demonios inferiores para que te ayuden con esto.

Estos son seres que han dominado las pasiones y pueden ayudarte a hacer lo mismo.

Segundo paso: purificación intelectual. Estudias matemáticas, lógica, filosofía. Entrenas tu mente para pensar en realidades inmateriales. Comienzas a contemplar las Formas. Y podrías invocar ciertos demonios superiores o ángeles inferiores para que te ayuden a iluminar tu intelecto.

Tercer paso: acercarse al reino divino. Empiezas a tener contacto directo con los propios dioses. Tu alma se está volviendo más unificada, más divina. Estás participando en la vida del Intelecto. Y aquí necesitas que los propios dioses te levanten, porque no puedes cruzar este umbral por tus propias fuerzas.

Paso final: unión con el Uno. Esto es raro, tal vez imposible para la mayoría de las almas mientras aún están encarnadas. Pero es el objetivo final: el retorno completo a la fuente, la disolución de toda multiplicidad en la unidad absoluta.

Pero aquí está la cuestión: no puedes hacer nada de esto solo. En cada paso, necesitas ayuda divina. ¿Y cómo se obtiene esa ayuda? ¿Cómo contactas con estos seres? ¿Cómo invocas su ayuda?

Ahí es donde entra en juego la teurgia. Y debemos comprenderla profundamente, porque es la parte más distintiva, controvertida e influyente de la filosofía de Jámblico.

Teurgia: salvación mediante el ritual divino

¿Qué es la teurgia?

La palabra "teurgia" proviene del griego: theos que significa "dios" y ergon que significa "trabajo". Literalmente, "trabajo de Dios" o "trabajo divino". Pero ¿qué significa eso realmente en la práctica?

Para Jámblico, la teurgia es un sistema completo de prácticas rituales diseñadas para lograr un contacto ontológico real con los dioses. No

contacto metafórico. No simbolismo psicológico. No sólo sentirse inspirado o animado. Unión real y metafísica con los seres divinos.

Ahora bien, quizás estés pensando: "Espera, ¿no es esto sólo religión? ¿No es esto lo que la gente siempre ha hecho en los templos?". Y sí, hay similitudes. Pero Jámblico está haciendo algo diferente. Está tomando prácticas religiosas tradicionales (sacrificios, oraciones, himnos, invocaciones) y dándoles una justificación filosófica. Está mostrando por qué funcionan, cómo funcionan, en qué principios metafísicos se basan.

Permítanme darles su argumento central, porque es fascinante y llega al meollo de por qué cree que la teurgia es necesaria.

Primera premisa: somos almas incrustadas en la materia, genuinamente caídas, genuinamente separadas de lo divino. Ésta es la crítica a Plotino que ya comentamos.

Segunda premisa: el intelecto humano, por sí mismo, es limitado, finito, incrustado en la materia. No importa cuánto pensemos, no importa cuánto estudiemos filosofía, no podemos trascender nuestras propias limitaciones pensando únicamente. Nuestro intelecto es algo creado, dependiente de realidades superiores. No puede elevarse al nivel de los dioses por su propio poder.

Premisa tres: Pero los dioses quieren ayudarnos. Está en su naturaleza ser benéficos, rebosar de bondad, ayudar a los seres inferiores a ascender. El problema no es que los dioses no estén dispuestos, sino que no sabemos cómo recibir su ayuda.

Conclusión: Necesitamos una forma de crear condiciones que permitan a los dioses actuar en nuestras vidas. Necesitamos abrir canales a través de los cuales el poder divino pueda fluir hacia nosotros. Eso es lo que hace la teurgia.

Piénselo así: la filosofía somos nosotros tratando de ascender hasta los dioses. Estamos aquí abajo en el valle y estamos tratando de escalar la montaña. Podemos ascender una cierta distancia mediante nuestro propio

esfuerzo: estudiando, pensando, contemplando. Pero en algún momento la montaña se vuelve demasiado empinada. No podemos llegar más alto por nuestra cuenta.

La teurgia son los dioses que se agachan para levantarnos. Son ellos tirándonos una cuerda, o mejor aún, descendiendo hasta donde estamos y llevándonos hacia arriba. Ambos movimientos son necesarios. Necesitas comprensión filosófica para saber lo que estás haciendo y por qué. Pero también necesitas la práctica ritual para lograr realmente la transformación.

Ahora, seamos concretos. ¿Qué implica realmente la teurgia?

Primero, hay elementos verbales: nombres sagrados, himnos, invocaciones. Los dioses tienen nombres específicos que encarnan su esencia. Cuando pronuncias estos nombres correctamente, con la intención correcta, en el momento correcto, no solo estás emitiendo sonidos. Estás activando conexiones metafísicas reales. Los nombres participan de las realidades divinas que representan.

En segundo lugar, están los elementos materiales: piedras, hierbas, animales, sustancias específicas que tienen afinidades naturales con ciertos dioses. Este no es un simbolismo arbitrario. Jámblico cree que el cosmos está unido por lo que él llama "simpatías": conexiones reales entre cosas en diferentes niveles de la realidad. Ciertas piedras resuenan naturalmente con ciertos poderes divinos. Cuando los usas en un ritual, estás trabajando con la estructura de la realidad misma.

En tercer lugar, están las acciones: gestos, movimientos, danzas, sacrificios específicos. Estas no son sólo actuaciones externas. Son formas de alinear todo tu ser (cuerpo, alma y espíritu) con las realidades divinas.

Cuarto, está el momento oportuno: ciertos rituales deben realizarse en momentos específicos cuando las condiciones cósmicas son las adecuadas, cuando ciertos planetas están en ciertas posiciones, cuando los poderes divinos que estás invocando son más accesibles.

Todo esto en conjunto crea lo que Jámblico llama un “vehículo” para la presencia divina. Estás construyendo una especie de canal metafísico a través del cual los dioses pueden entrar al mundo material y actuar.

Uniendo lo divino y lo humano

Ahora, mire esta cita de la obra más importante de Jámblico, Sobre los Misterios: “No es el pensamiento puro lo que nos une a los dioses; son los actos inefables del ritual sagrado, realizados en silencio más allá de toda comprensión”.

Analicemos esto con cuidado, porque cada palabra importa.

“No es pensamiento puro”: éste es el rechazo directo del intelectualismo de Plotino. El pensamiento, por sí solo, no puede salvarte. La contemplación, por sí sola, no puede unirte con lo divino. ¿Por qué? Porque el pensamiento es una actividad del intelecto humano, y el intelecto humano es limitado. Estás intentando captar el infinito con herramientas finitas. No funciona.

“que nos une a los dioses” (nótese el plural). No "el Uno", no "el Intelecto", sino "los dioses". Jámblico insiste en la realidad de múltiples seres divinos, cada uno con su propia naturaleza, cada uno de los cuales requiere sus propias formas de acercarse.

“son los actos inefables del ritual sagrado”; “inefable” significa más allá del habla, más allá de la explicación. La teurgia funciona a un nivel más profundo que la comprensión racional. No se puede explicar completamente por qué funciona, porque opera a través de principios que trascienden la comprensión humana.

“realizado en un silencio más allá de toda comprensión”: esto es crucial. Los actos teúrgicos más poderosos ocurren en silencio. No porque estés siendo reservado, sino porque lo que está sucediendo está más allá de las palabras. Estás tomando contacto con realidades que el lenguaje no puede capturar.

Ahora bien, esto es lo realmente radical de esto: Jámblico está diciendo que los símbolos utilizados en la teurgia no son convencionales. No son signos

arbitrarios que inventaron los humanos. Son símbolos naturales, incrustados en la estructura de la realidad misma.

Piensa en el lenguaje por un segundo. La palabra "perro" se refiere a perros porque todos estamos de acuerdo en que así es. Es una convención. En francés, usan "chien". En alemán, "hund". La conexión entre la palabra y la cosa es arbitraria.

Pero los símbolos teúrgicos no son así. Cuando usas una piedra específica en un ritual, pronuncias un nombre divino específico o realizas un gesto específico, no estás trabajando con convenciones. Estás trabajando con conexiones naturales que existen en el cosmos mismo. Esa piedra realmente participa del poder divino que estás invocando. Ese nombre realmente encarna la esencia de ese dios. Esas conexiones están integradas en el tejido de la realidad.

Por eso la teurgia debe realizarse correctamente. Si usas la piedra equivocada, pronuncias mal el nombre o realizas el ritual en el momento equivocado, no funciona. No porque los dioses sean quisquillosos o exigentes, sino porque en realidad no estás estableciendo la conexión. Es como intentar sintonizar una radio: si te desvías aunque sea un poquito, no captas la señal.

Cuando un teúrgo realiza un ritual correctamente, algo realmente sucede. El dios está realmente presente. El poder divino realmente fluye hacia abajo. El alma está realmente purificada y elevada. Esto no es psicológico; no se trata sólo de que usted se sienta mejor o más inspirado. Es ontológico: tu alma en realidad está siendo transformada, en realidad siendo elevada en la cadena del ser.

Déjame darte un ejemplo concreto. Digamos que quieres invocar a Apolo para obtener iluminación intelectual. Usted haría:

Elija el momento adecuado: tal vez el domingo, el día de Apolo, al amanecer cuando sale el sol. Utilice los materiales adecuados: oro (metal solar), laurel (la planta sagrada de Apolo), tal vez una lira. Diga los nombres e himnos correctos: invocaciones tradicionales de Apolo, tal vez de los himnos órficos.

Realice las acciones correctas: gestos asociados con Apolo, ofrendas de incienso. Lo más importante es que alinee todo su ser con la naturaleza de Apolo: intelectual. claridad, armonía, orden, luz. Cuando haces todo esto correctamente, no estás simplemente realizando una ceremonia. Estás creando una conexión metafísica real con la cadena apolínea del ser. Te estás abriendo a recibir la influencia de Apolo. Y si estás preparado adecuadamente, si tu alma es lo suficientemente pura, el poder de Apolo realmente fluye hacia ti. Tu intelecto realmente está iluminado. Realmente recibes una visión que no podrías haber logrado sólo con el estudio.

Ahora, sé lo que algunos de ustedes están pensando: "Esto suena a magia. ¿En qué se diferencia de la hechicería o la brujería?"

Jámblico insistiría en una distinción crucial. La magia, tal como él la entiende, se trata de que los humanos manipulen fuerzas naturales o sobrenaturales para sus propios fines. Es coercitivo: estás tratando de obligar a los espíritus a cumplir tus órdenes o estás explotando las simpatías naturales para conseguir lo que quieres.

La teurgia es completamente diferente. No es coercitivo: no estás obligando a los dioses a hacer nada. Te estás sometiendo a ellos. Te estás alineando con su voluntad. Estás creando condiciones en las que pueden actuar, pero si realmente actúan o no depende de ellos.

Es cooperativo, no manipulador. Estás trabajando con los dioses, no tratando de controlarlos. Y el objetivo no es el beneficio personal: es la salvación, la purificación, el ascenso a lo divino. No estás haciendo teurgia para hacerte rico o poderoso. Lo estás haciendo para volverte divino.

Esta distinción es de enorme importancia para Jámblico. Está tratando de defender la religión pagana tradicional contra los críticos cristianos que dicen que es demoníaca y los críticos filosóficos como Plotino que dicen que es innecesaria. Él está diciendo: No, esta es la forma más elevada de práctica religiosa. Esta es la filosofía en acción. Así es como se logra realmente aquello de lo que habla la filosofía.

Y aquí está la cuestión: esto funciona. No en el sentido de que puedas probarlo científicamente, sino en el sentido de que los practicantes informan de transformaciones reales, experiencias reales de presencia divina, progresos reales en su desarrollo espiritual. Ya sea que creas que esas experiencias son genuinamente metafísicas o simplemente psicológicas, la fenomenología es real. Las personas que practican teurgia informan que algo sucede.

Y para Jámblico, eso es lo que importa. La filosofía sin práctica es sólo charla. La teurgia es filosofía vivida, filosofía encarnada, filosofía que realmente te transforma.

Pero hay otra dimensión de Jámblico que todavía no hemos explorado plenamente: su profundo compromiso con el pitagorismo y las matemáticas. Porque para Jámblico la teurgia no está separada de la vida intelectual. Está integrado con un sistema filosófico completo que incluye matemáticas, ética, metafísica y teología, todos trabajando juntos.

Legado y síntesis

Pitagorismo y Matemáticas

Ahora necesitamos hablar de un aspecto de Jámblico que a menudo se pasa por alto, pero que es absolutamente central para comprender su visión completa: su profundo compromiso con el pitagorismo y la filosofía matemática.

Jámblico escribió una Colección completa sobre filosofía pitagórica, una obra enorme, de la que se conservan partes, que intentó preservar y sistematizar toda la enseñanza pitagórica. ¿Por qué estaba tan interesado en esto?

Porque para Jámblico, Pitágoras no era sólo un matemático antiguo que descubrió algunos teoremas geométricos. Pitágoras era un sabio divino, un revelador de sabiduría sagrada, alguien que comprendía la estructura fundamental de la realidad misma.

Volvamos a ese lema pitagórico: “Todas las cosas son números”. ¿Qué significa eso? No se trata simplemente de decir que se pueden contar cosas o que las matemáticas son útiles para medir el mundo. Se trata de hacer una afirmación metafísica: el número es la estructura fundamental de la realidad. El cosmos está literalmente construido a partir de relaciones matemáticas.

Piensa en la música por un segundo. Los pitagóricos descubrieron que la armonía musical se basa en proporciones matemáticas. Una octava es una proporción de 2:1. Una quinta perfecta es 3:2. Un cuarto perfecto es 4:3. Estos no son arbitrarios: están integrados en la naturaleza del sonido mismo. Cuando tocas dos notas en una de estas proporciones, suenan armoniosas. Cuando los tocas en otras proporciones, suenan disonantes.

Pero los pitagóricos fueron más allá. Dijeron: Si la música se basa en proporciones matemáticas, y la música es armoniosa y hermosa, entonces tal vez todo el cosmos se base en proporciones matemáticas. Quizás el universo mismo sea una especie de armonía, una música cósmica, una sinfonía matemática.

Y Jámblico se lo toma en serio. ¿Recuerda esos principios que discutimos: el límite y lo ilimitado? Estos son conceptos matemáticos. El límite es lo que da definición, medida, proporción. Lo Ilimitado es aquello que se puede medir, proporcionar, definir. Toda la realidad es la interacción entre estos principios matemáticos.

Entonces, cuando Jámblico traza su jerarquía cósmica, no está simplemente inventando cosas. Está tratando de mostrar la estructura matemática que subyace a todo. Cada nivel de realidad tiene sus propias relaciones numéricas, sus propias proporciones, su propia armonía.

El Uno es unidad absoluta: el número uno en su sentido metafísico. El reino del Intelecto implica dualidad: el conocedor y lo conocido, el sujeto y el objeto. El reino del Alma implica relaciones triádicas: permanencia, procesión y retorno. El mundo material involucra el número cuatro: los

cuatro elementos, las cuatro cualidades, la tétrada que genera toda la realidad física.

Esto no es sólo numerología o simbolismo místico. Para Jámblico, estas relaciones numéricas son reales. Son la estructura real de la realidad. Comprenderlos es comprender cómo funciona el cosmos.

Y esto tiene implicaciones prácticas. Si vas a practicar la teurgia de forma eficaz, necesitas comprender estas relaciones matemáticas. Es necesario saber qué números corresponden a qué dioses, qué figuras geométricas tienen afinidad con qué poderes divinos, qué proporciones crean armonía entre los diferentes niveles de la realidad.

Por ejemplo, el Tetraktys, la figura triangular formada por diez puntos dispuestos en cuatro filas (1+2+3+4=10), no es sólo un patrón bonito. Es una representación de cómo la unidad se desarrolla en la multiplicidad, cómo el Uno genera los muchos. Contiene todas las proporciones básicas de la armonía musical. Es una clave para comprender la estructura cósmica.

O tomemos la proporción áurea, aproximadamente 1,618, la proporción que aparece en toda la naturaleza en patrones en espiral, crecimiento de plantas y proporciones del cuerpo humano. Los pitagóricos conocían esta proporción. Lo vieron como una prueba de que la naturaleza misma sigue leyes matemáticas, de que el cosmos está ordenado racionalmente.

Para Jámblico, estudiar matemáticas no es sólo una formación práctica para ingenieros o comerciantes. Es una práctica espiritual. Cuando contemplas verdades matemáticas, estás entrenando tu alma para pensar en realidades inmateriales. Los números no existen en el mundo físico; no se puede tocar el número tres ni saborear la raíz cuadrada de dos. Son realidades inteligibles, objetos de puro pensamiento.

De modo que el estudio matemático purifica el alma. Aleja tu mente de las cosas sensoriales y la acerca al reino inteligible. Es una preparación para la filosofía y, en última instancia, para la teurgia. Estás aprendiendo a pensar en realidades que trascienden la materia, y eso es exactamente lo que necesitas hacer para ascender en la jerarquía cósmica.

Además, las matemáticas proporcionan certeza. En un mundo de cambio e incertidumbre, las verdades matemáticas son eternas e inmutables. Dos más dos son cuatro, siempre lo ha sido y siempre lo será, en todos los mundos posibles. El teorema de Pitágoras es cierto no sólo en la Tierra sino en todo el cosmos. Estas verdades participan en el reino eterno de las Formas.

Entonces, cuando Jámblico escribe sobre el pitagorismo, no está siendo sólo un historiador de la filosofía. Está mostrando cómo la filosofía matemática se integra con todo su sistema. Matemáticas, ética, metafísica, teología, teurgia: todas ellas encajan en una forma de vida completa.

Una síntesis de filosofía, teología y ritual

Muy bien, retrocedamos y veamos la imagen completa de lo que logró Jámblico.

Creó una de las visiones filosóficas más completas y sistemáticas de toda la filosofía antigua. Es una cosmovisión completa que intenta dar cuenta de todo: ¿De dónde viene la realidad? ¿Cuál es la estructura del cosmos? ¿Qué somos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Cómo deberíamos vivir? ¿Cómo podemos ser salvos?

Pero más que eso –y esto es lo que distingue a Jámblico– creó un camino. No sólo una teoría sobre la realidad, sino una forma de vida práctica orientada hacia la unión divina.

Estudias filosofía para comprender la estructura cósmica. Necesitas saber dónde estás en la cadena del ser, hacia dónde intentas llegar, qué obstáculos enfrentas.

Practicas matemáticas para purificar tu pensamiento. Entrenas tu alma para contemplar realidades inmateriales, para pensar en verdades eternas, para elevar tu mente por encima del mundo sensorial.

Cultivas la virtud ética para controlar tus pasiones. Practicas el coraje, la templanza, la justicia, la sabiduría. Esto trae orden a tu alma inferior y te prepara para objetivos superiores.

Realizas teurgia para recibir la gracia divina. Invocas a los dioses, participas en rituales sagrados, creas condiciones para que el poder divino fluya en tu vida.

Todo esto encaja. No es una colección de actividades separadas, es un camino unificado de ascenso. Cada elemento apoya a todos los demás elementos.

Y esto es lo que encuentro notable: Jámblico estaba trabajando en un momento de profunda transición cultural. El viejo mundo pagano estaba muriendo. El cristianismo estaba aumentando. Los dioses tradicionales estaban siendo abandonados, los viejos templos se cerraban, los antiguos ritos estaban siendo olvidados.

Podría simplemente haber defendido la tradición basándose en argumentos tradicionales: "Esto es lo que hicieron nuestros antepasados, así que deberíamos seguir haciéndolo". Eso es lo que hicieron muchos intelectuales paganos. Pero Jámblico adoptó un enfoque diferente.

Dijo: Déjame mostrarte por qué estas tradiciones están filosóficamente justificadas. Permítanme ofrecerles una explicación racional y sistemática de cómo existen los dioses, cómo funciona la teurgia y por qué son importantes los rituales. Déjame mostrarte que puedes tener tanto rigor filosófico como devoción religiosa, tanto razón como ritual, tanto intelecto como piedad.

En cierto sentido, fracasó. El paganismo perdió. El cristianismo ganó. En el siglo VI, la Academia Platónica se cierra, los templos paganos son destruidos o convertidos en iglesias y la religión tradicional está efectivamente muerta en el mundo mediterráneo.

Pero en otro sentido, Jámblico tuvo un éxito brillante. Sus ideas sobrevivieron. Cuando los textos neoplatónicos se tradujeron al árabe en el siglo IX, los conceptos yamblicheanos influyeron en la filosofía islámica: Al-Farabi, Avicena e incluso aspectos del sufismo muestran su influencia.

Cuando los textos neoplatónicos se tradujeron al latín durante el Renacimiento, la fusión de filosofía y ritual de Jámblico dio forma al misticismo cristiano. Figuras como Marsilio Ficino, Pico della Mirandola y toda la Academia florentina están trabajando con ideas yamblicheanas.

La tradición esotérica occidental (Cábala, alquimia, magia ceremonial, rosacrucismo, masonería) lleva el sello de la visión de Jámblico. La idea de que el ritual puede efectuar cambios metafísicos, que los símbolos tienen poder real, que hay jerarquías de seres espirituales con los que podemos contactar, son todas ideas yamblicheanas que continúan resonando.

Incluso en la filosofía contemporánea, cuando la gente habla de los límites del racionalismo puro, cuando discute el papel de la práctica corporal en el desarrollo espiritual, cuando explora tradiciones no occidentales que integran la filosofía y el ritual, a menudo están redescubriendo ideas que Jámblico articuló hace mil setecientos años.

Pero más allá de su influencia histórica, creo que hay algo valioso en la visión de Jámblico para nosotros hoy. Vivimos en una cultura que tiende a dividir las cosas. Separamos la razón de la emoción, la mente del cuerpo, la teoría de la práctica, lo intelectual de lo espiritual.

Jámblico ofrece una visión de la integración. Él dice: No tienes que elegir entre ser intelectualmente riguroso y estar espiritualmente comprometido. No es necesario elegir entre filosofía y religión, entre razón y ritual, entre la vida de la mente y la vida del espíritu.

Puedes tener ambos. De hecho, necesitas ambos. Una filosofía puramente intelectual que no transforma la forma de vivir es simplemente una abstracción vacía. Una religión puramente ritual que no involucra tu intelecto es simplemente superstición. Pero cuando los reúnes, cuando integras comprensión y práctica, filosofía y teurgia, razón y ritual, entonces tienes algo poderoso. Tienes un camino completo.

Ya sea que se acepte o no la metafísica específica de Jámblico (ya sea que se crea en sus elaboradas jerarquías cósmicas, sus prácticas teúrgicas, sus matemáticas pitagóricas), creo que su idea fundamental sigue siendo válida:

la transformación requiere más que solo pensar. Requiere práctica. Requiere compromiso con algo más allá de ti mismo. Requiere tanto ascender mediante el propio esfuerzo como recibir ayuda desde arriba.

Se trata de una visión que vale la pena tomar en serio, incluso mil setecientos años después. Jámblico nos recuerda que la filosofía no se trata sólo de tener opiniones correctas. Se trata de convertirse en un tipo diferente de persona. Se trata de transformación, de ascenso, de alcanzar lo divino, como sea que entiendas ese término.

Y esa es, en última instancia, la razón por la que todavía estudiamos a Jámblico. No sólo como una curiosidad histórica, no sólo como un nombre más en la historia de la filosofía, sino como alguien que se tomó en serio las preguntas más profundas y trató de responderlas con una visión completa e integrada de la realidad y de nuestro lugar en ella.